

LOS NIBELUNGOS (de *Flor de leyendas*, de Alejandro Casona)

***Los Nibelungos* es la obra de los primitivos trovadores germánicos; conjunto de leyendas heroicas, donde se mezclan elementos históricos, fantásticos y mitológicos. Su origen se remonta a los comienzos de la Edad Media, época de las emigraciones guerreras sobre el Sur.**

En su narración nos hemos atenido preferentemente a la fabulación y estilo de las Sagas primitivas, excepto en algunos nombres y escenas en que hemos acogido la versión dramática, más difundida entre nosotros, de Ricardo Wagner.

En las profundidades de la tierra, en el país de las tinieblas, viven los nibelungos. Son negros y enanos; suyo es todo el oro amarillo de las entrañas de la tierra, y el oro rojo del Rhin, que robaron a las ninfas. Y su rey tiene un anillo maldito, que da la muerte al que lo lleve.

En la corteza de la tierra viven los gigantes y los héroes. Fafnir, el gigante, conquistó el tesoro de los nibelungos y el mágico anillo, y, convertido en un dragón, guarda su tesoro en el brezal de Gnita. De la raza de los héroes, los welsas son los amados de los dioses. De ellos nace Sigmundo. Y Sigmundo engendrará a Sigfrido, el más sagrado de los héroes.

Y en la región de las nubes viven los dioses. Walhalla se llama su morada. Son seres de luz, y Odín, señor de las batallas, los preside.

Los nibelungos, los héroes y los gigantes se inclinan ante el viejo Odín, cuya lanza de fresno domina el cielo y la tierra.

1.- SIGMUNDO

Odín, el padre de los ejércitos, rey de los dioses, engendró en la tierra una estirpe de héroes, de los que fue el primero Welsa, rey de los francos, el cual engendró una pareja de mellizos: Sigmundo y Signi. La raza de los welsas sobrepujaba a todas las demás en fuerza y hombría, y su destino fue el más brillante y desgraciado que hubo sobre la tierra.

Welsa había mandado construir una sala famosa, en cuyo centro erguía el tronco de una colosal encina. Sus ramas, cubiertas de flores, formaban el techo de la sala, y su tronco no lo podían abarcar entre diez hombres.

Hunding, rey de Gautlandia, se enamoró de la princesa Signi y la pidió por esposa, a pesar de que el corazón de Signi no estaba inclinado hacia el feroz guerrero.

Dispusieron las bodas en la sala en cuyo centro se erguía la encina. Grandes fuegos ardieron en larga fila. Por la noche, cuando los barones estaban sentados junto a los fuegos, sobre las pieles de oso, entró en la sala un hombre desconocido de todos. Llevaba un gran manto azul y un sombrero de enormes alas echado sobre un ojo. Caminaba descalzo; era muy alto, viejo y tuerto. En la mano llevaba una brillante espada, con la que se acercó a la encina, clavándola en el tronco con tal fuerza, que penetró hasta el puño. Y habló así a los barones, atónitos:

—Quien esta espada saque del tronco recíbala de mí como regalo, y mostrarán sus hechos que nunca mejor espada manejaron las manos de los hombres.

Dicho esto, el desconocido desapareció. Era Odín, el dios de luz, padre de los ejércitos.

Enseguida se esforzaron todos por apoderarse de la espada. Pero sus esfuerzos fueron vanos; nadie consiguió moverla. Sólo la mano de Sigmundo logró arrancarla con la misma facilidad con que se arranca del árbol una flor. Era la más hermosa espada que jamás se viera, y Hunding deseó poseerla a toda costa. Ofreció a Sigmundo tres veces el peso de la espada en oro; pero Sigmundo contestó con desprecio:

—Como yo, pudiste cogerla cuando estaba clavada en la encina. Si no lograste hacerlo, es que no te corresponde el honor de ceñirla.

Estas palabras irritaron a Hunding, que se vio escarnecido delante de sus barones. Y aquella misma noche meditó su venganza.

Al día siguiente dijo Hunding que quería aprovechar el buen tiempo para regresar a su país antes de que los vientos crecientes le cerrasen el mar. Signi, con el alma llena de tristes presentimientos, le acompañó a viva fuerza. Y Hunding, al marchar, invitó al rey Welsa y a Sigmundo a ir a visitarle en su reino a la vuelta de tres meses.

Por el tiempo convenido partió Welsa con Sigmundo y sus héroes hacia Gautlandia, a hospedarse en casa del rey su yerno. Ya era de noche cuando tomaron tierra sus barcos. Protegida por la obscuridad, llegó Signi a las naves y descubrió a su padre y su hermano que Hunding les preparaba una traición y había reunido un gran ejército para aniquilarlos. Pero Welsa se negó a retroceder.

—No temo a la muerte -dijo-, que un día debe llegar para todos. He hecho voto de no retroceder jamás ni por miedo, ni por fuego, ni por hierro. En cuanto a ti, suceda lo que suceda, tu deber es estar al lado de tu esposo.

Así regresó Signi aliado de Hunding. Los welsas permanecieron aquella noche en las naves, y a la mañana siguiente trabaron dura batalla con el ejército de Hunding. Welsa, secundado por la espada sagrada de Sigmundo, animaba con enérgicos gritos a sus escasos hombres, y por ocho veces irrumpió aquel día en las filas enemigas, asestando terribles golpes con sus dos brazos. Pero a la novena vez hubo de sucumbir al número, y allí cayó muerto el rey Welsa con todos sus héroes.

Sigmundo fue hecho prisionero; Hunding le arrebató su espada y le reservó un tormento más espantoso que la muerte. Solo y desnudo fue abandonado entre las fieras del bosque, y allí vivió por espacio de varios años, en una caverna, en compañía de los lobos, que aprendieron a respetar su fuerza y su fiereza. Hunding vivía tranquilo creyendo haber aniquilado la temible raza de los welsas.

Un día, extraviado por una fragorosa tempestad, Sigmundo se perdió en la selva, y caminando a la ventura llegó ante la puerta de un palacio. Entró a pedir albergue y halló a una hermosa mujer que, al reconocerle, se lanzó llorando en sus brazos. Era Signi, su hermana, la cual le dijo:

—¡Oh Sigmundo, hermano, todos los días te he esperado desde la muerte de mi padre! Su sangre no ha sido rescatada y aguarda venganza. Hunding ha salido de cacería y pronto regresará. Toma, Sigmundo, la espada que en casa de mi padre desclavaste del tronco de la encina.

Sigmundo abrazó a su hermana, tomó la espada, y bajando a los establos, esperó allí oculto entre la yerba. Poco después se oyeron los cuernos de caza y el ladrido de la jauría, y Hunding, con cien hombres, entró en su palacio. Desciñeron las espadas, se quitaron los cornudos cascos y las pieles de oso y se sentaron a la mesa, llenando las copas de hidromiel.

De pronto una puerta se abrió y Sigmundo se lanzó de un salto a la mesa de banquete, dando un grito salvaje: "¡Welsa, Welsa!"

Al reconocerle, el terror se apoderó de todos pero su espada, rápida como el rayo, no perdonó a ninguno. Allí cayó el feroz Hunding con todos sus hombres.

Después Sigmundo corrió al bosque; con su espada comenzó a derribar árboles, y llevándolos en sus brazos los amontonó en la sala del banquete y prendió fuego a todo. Finalmente, llamo a su hermana para que se fuera a vivir con él al bosque. Pero Signi le contestó:

—Ya nada tengo que hacer en el mundo, puesto que la sangre de mi padre está vengada. Ahora sabré cumplir también como esposa muriendo con los míos.

Y así diciendo se arrojó a la hoguera.

Años después, Sigmundo, vencedor en cien combates y poseedor del reino de su padre, se enamoró de Siglinda, la hija del rey Eulimi, la más hermosa y prudente de las mujeres. Y a despecho de muchos otros pretendientes, se casó con ella, que también le amaba.

Entre los pretendientes desdeñados había uno de la estirpe de Hunding, el cual reunió a sus guerreros y se dirigió contra Sigmundo, retándole públicamente. Los enemigos llegaron de Gautlandia en sus barcos. Sigmundo envió a Siglinda al bosque; alzó su bandera y mandó tocar los cuernos de guerra. Su tropa era mucho más pequeña que la de los enemigos. Pero Sigmundo luchaba bravamente a la cabeza; ni broquel ni coraza resistían sus golpes, y repetidas veces rompió las filas contrarias. Largo tiempo duró la batalla. Sigmundo tenía los dos brazos teñidos de sangre enemiga hasta por encima del hombro.

Entonces apareció en el campo de batalla un desconocido. Llevaba un gran manto azul y un sombrero de enormes alas, echado sobre un ojo; era muy alto, viejo y tuerto. Avanzó contra Sigmundo y blandió delante de él su lanza de fresno; Sigmundo descargó su espada contra ella, y la espada se rompió en cien pedazos. Entonces se trocó la fortuna, y Sigmundo cayó en la batalla a la cabeza de sus hombres.

Por la noche Siglinda vino a llorarle sobre el campo. Sigmundo, reuniendo todas sus fuerzas, le habló estas palabras:

—Los dioses me han derrotado. Odín no quiere ya que yo ciña su espada, puesto que la rompió, y ha elegido nuevos héroes. Tú llevas en tu seno un hijo mío que pronto ha de nacer; Sigfrido será su nombre. Cuidalo bien, porque él será el más grande y glorioso de los welsas. Conserva también los trozos de mi espada, que un día vendrá en que se forje con ellos una nueva espada, aun más fuerte y hermosa. Nuestro hijo la llevará, y con ella ha de realizar hazañas que nunca se olvidarán, y su nombre vivirá lo que el mundo dure. Sea éste tu consuelo. Adiós, Siglinda, yo te dejo; voy en busca de los amigos que me han precedido en la muerte.

Con estas palabras Sigmundo entró en la agonía. Siglinda estuvo inclinada sobre él hasta que expiró, cuando comenzaba a clarear el día.

II.- SIGFRIDO Y EL DRAGÓN

Cuando Sigmundo hubo muerto, volvió Siglinda al bosque, y allí, en gran dolor y soledad, dio a luz un niño. Y enseguida murió. Pero el niño creció, como había vivido su padre, salvaje entre los animales del bosque.

En el bosque habitaba un hábil herrero, conocedor del destino. Era un enano nibelungo, llamado Mimir. Hacia su fragua llegó un día un niño que salía corriendo de la espesura, y cuando Mimir lo vio exclamó lleno de alegría:

—He aquí a Sigfrido, el vástago de Sigmundo; el audaz héroe llegó a mi casa Gran botín me prometo de este lobezno.

Mimir educó a su lado al pequeño Sigfrido, enseñándole el oficio de la fragua; y cuando el niño hubo crecido, incitó al joven héroe a matar al dragón Fafnir, que custodiaba en el brezal de Gnita el prodigioso tesoro de los nibelungos: montones de oro y joyas, y el yelmo encantado, que tenía la virtud de cambiar el rostro del que lo llevaba puesto. También formaba parte del tesoro el anillo maldito de los nibelungos, que atraía la desgracia sobre quien lo poseyera. El fabuloso tesoro había estado mil años bajo el agua verde del Rhin, custodiado por tres ninfas. A ellas lo había robado el rey de los nibelungos. Y a los nibelungos se lo arrebató el gigante Fafnir, el cual, por la maldición del anillo, se transformó en un colosal dragón, que, oculto en el brezal de Gnita, dormía siempre con los ojos abiertos sobre su tesoro.

El astuto Mimir, contemplando el valor indomable del joven Sigfrido, pensaba: "Este lobezno de los welsas es el único sobre la tierra que sería capaz de matar al dragón Fafnir. Si consigo que lo haga, yo lo mataré a él cuando duerma, y el tesoro de los nibelungos será sólo mío".

Pero cuando Sigfrido oía contar el cuento del tesoro, se reía; a él nada le importaba el oro, y sólo le gustaba saltar por las rocas tocando su bocina de plata y medir su fuerza con los animales del bosque. Luego se burlaba del enano, diciendo:

—Viejo remendón, si quieres que mate al dragón fórjame antes una espada que taje la roca y el hierro.

Mimir trabajaba afanosamente por forjar la espada deseada; pero cuando estaba concluida, Sigfrido llegaba saltando del bosque, daba con ella un tajo en el yunque y la espada se rompía.

Un día, en el lugar del bosque donde su padre había muerto, el joven Sigfrido encontró los pedazos de una espada rota. Conoció que eran de la materia más noble y decidió forjar con ellas una espada nueva. Se fue a la fragua, y ante el asombro del nibelungo limó todos los trozos, reduciéndolos a polvo; los fundió luego juntos en el fuego, templó el hierro ardiente en el agua fría del Rhin, y cuando la espada estuvo terminada dio con ella un tajo en el yunque, y el yunque se rajó en dos pedazos. Brillaba la espada como el oro, y sus filos parecían de fuego. Sigfrido la blandió alegremente sobre su cabeza, y seguido por el enano se internó en el bosque en busca del dragón.

Al cruzar el Rhin vio un rebaño de caballos salvajes. Los espantó a gritos, persiguiéndolos hasta la orilla del río; pero al llegar al agua todos se encabritaron y retrocedieron espantados, menos un potro. Entonces Sigfrido, alcanzándolo a nado, lo tomó por suyo y le puso por nombre Grani. Y a caballo de Grani llegó al amanecer del día siguiente al brezal de Gnita.

Allí estaba el dragón tumbado sobre su tesoro, a la entrada de una cueva. Era de colosales dimensiones, parecido en la forma de un lagarto; su baba venenosa corroía la carne y los huesos, y su cola de serpiente, al golpear las rocas, las hacía saltar como el cristal.

Al ver al joven el dragón rugió sordamente y sus ojos lanzaron fuego. Se arrastró hacia él haciendo retemblar la tierra a su paso. Quiso derribarle de un coletazo, pero Sigfrido le hirió en la cola con su espada. Entonces el dragón, lanzando un rugido espantoso, se abalanzó de frente contra él para aplastarle con todo su peso. Y Sigfrido aprovechó el momento para hundirle su espada en el corazón hasta el puño. El monstruo, al sentir la mortal herida, se estremeció y golpeó con la cabeza y la cola a su alrededor desesperadamente, tanto, que los árboles saltaban en astillas.

El nibelungo, temblando de miedo, contemplaba la batalla escondido entre los matorrales. Cuando el dragón hubo muerto, Sigfrido limpió la hoja de su espada en la yerba y penetró en la cueva del tesoro. Despreció el oro y sólo tomó el casco mágico, que colgó de su cinturón, y el anillo maldito, que se puso al dedo sin conocer la fatalidad de su poder.

Después, sintiendo hambre, arrancó el corazón del dragón y lo asó clavado en una espina. Al ir a tocarlo para ver si estaba bien asado se quemó el dedo; llevóse el dedo a la boca, y en cuanto la sangre del dragón tocó su lengua comprendió por arte de milagro el lenguaje de los pájaros.

Estaba sentado bajo un tilo, y desde las ramas le habló un abejaruco, descubriéndole su estirpe y su destino:

—De la estirpe de los dioses vienes, Sigfrido; welsas fueron tu padre y tu abuelo. Naciste de Siglinda, abandonada en el bosque, y del rey Sigmundo, muerto en el campo de batalla. Has fabricado tu espada con los trozos de la espada de tu padre, rota por el mismo Odín, dios de las batallas. Fatal te ha de ser el anillo que has conquistado hoy; guárdate de la traición. El triunfo te aguarda, y tu fama será eterna como el mundo. Pero morirás joven, al conocer el amor.

Sigfrido, sin importarle la voz que le hablaba de muerte, se llenó de gozo al conocer su estirpe y saber que la sangre de los welsas corría por sus venas. Luego preguntó al pájaro:

—Dime, buen abejaruco, ¿dónde encontraré el amor?

—Sígueme -respondió el pájaro-. Dormida está la doncella en altas rocas, en la peña de la Corza, rodeada de fuego. Sólo el valiente salvará el cerco de llamas y la despertará de su sueño.

Y dicho esto, el abejaruco desplegó las alas. Sigfrido saltó sobre su fiel Grani y, abandonando al nibelungo, siguió por el bosque el vuelo del pájaro.

III.- AMOR Y MUERTE DE SIGFRIDO

Siguiendo el vuelo del pájaro, Sigfrido cabalgó hacia el sur y llegó ante la peña de la Corza, rodeada de llama. Un estrecho desfiladero conducía a la cumbre. Cuando se disponía a subir le salió al paso un desconocido; vestía un gran manto azul y cubría su cabeza con un sombrero de anchas alas; era muy alto, viejo y tuerto. Se colocó delante de Sigfrido, cerrando el paso con su lanza, y le gritó:

—¿Hacia dónde caminas, joven héroe?

—En busca del amor. Voy a la cumbre, donde una doncella me espera, dormida entre las llamas.

—Detente. ¡Ay de ti si das un paso! Esa doncella es mi hija Brunilda; en otro tiempo era una walkyria (*Las walkyrias eran nueve hermanas, hijas de Odín. Guiaban a los héroes en el combate y llevaban los cadáveres de los valientes al palacio de los dioses*), mensajera de las batallas. Pero un día, desobedeciendo mis órdenes sagradas, quiso proteger en el combate al rey Sigmundo, y yo la desposeí de su divinidad, transformándola en mujer. Le clavé la espina del sueño y la condené a un profundo sopor, del que sólo la despertará aquel que no haya conocido el miedo.

—Yo la despertaré -exclamó Sigfrido.

—Pues bien; demuestra antes tu valor. Atrévete a luchar con Odín, señor de los ejércitos. Desenvaina tu espada contra esta lanza de fresno que un día rompió en cien pedazos la espada del rey Sigmundo.

—¡Ah! -gritó Sigfrido-. ¡Por fin encuentro al enemigo de mi padre!

Y desenvainando su espada se lanzó contra el dios. Al encuentro de las armas se oyó un trueno espantoso, y la lanza de fresno saltó hecha astillas.

—¡Tú eres el más valiente de los héroes! -exclamó Odín-. Pasa; no puedo detenerte.

Y envuelto en una niebla desapareció.

Sigfrido subió a caballo el desfiladero y llegó ante el cerco de fuego. Crepitaban las llamas, retorciéndose como serpientes, y sus lenguas llegaban hasta el cielo. Sigfrido se llevó a los labios su bocina de plata y clavó la espuela en los ijares de Grani, que resoplando se lanzó de un salto en medio del incendio. Las llamas chocaban furiosas contra el cuerpo del héroe, resbalando sobre su coraza.

Al fin Sigfrido traspasó la muralla de fuego y, dormido bajo un pino de copa redonda, vio a un guerrero armado de yelmo y coraza en el centro de un círculo de escudos blancos y rojos.

Se acercó a él, saltando sobre los escudos; le quitó el yelmo, rasgó con su espada el acero de la coraza de arriba abajo, y vio que era una hermosísima doncella.

Al abrirse la coraza despertó la durmiente, y preguntó, enderezándose:

—¿Quién ha atravesado por amor el fuego? ¿Quién ha roto las pálidas ataduras de mi encantamiento?

—Ha sido Sigfrido el welsa, el hijo de Sigmundo. Su espada ha roto tu sueño.

—Salve a ti, ¡oh Sigfrido!, a quien esperaba mi corazón.

—Salve a ti, ¡oh Brunilda! Mi amor y mi espada te despiertan a la vida.

Y Brunilda y Sigfrido, en prenda de amor, cambiaron sus anillos. De este modo Sigfrido, sin saberlo, condenaba a muerte a su amada entregándole el anillo de los nibelungos, cuyo fatal poder no conocía.

Tres días permaneció el héroe en la peña de la Corza, pasado este tiempo decidió dejar allí a Brunilda para volver a buscarla cuando hubiera castigado a todos los enemigos de su padre y reconquistado su reino.

Cruzó el mar hacia Gautlandia en medio de una violenta tempestad. Las olas chorreaban por el barco como el sudor por los costados de un caballo en la batalla. Sigfrido, erguidos en la proa, tocaba su bocina de plata desafiando alegremente la borrasca:

-¡Aquí está Sigfrido sobre los árboles del mar! El vencerá a las olas y vengará la muerte de los welsas.

Y a su voz amaina la tormenta y cede el oleaje.

Así llegó a la tierra de los hijos de Hunding, donde encendió una tremenda lucha con los enemigos de su estirpe, venciéndolos a todos y arrebatándoles su reino.

Una noche, navegando de regreso hacia el Sur en una barca sobre el Rhin, atracó Sigfrido a la puerta de un gran palacio. Era la casa del rey Gunar, el cual tenía un hermano bastardo llamado Hagen, hijo de nibelungos, y una hermana llamada Grimilda, hermosa entre las mujeres. Gunar era un joven héroe que sabía apreciar el valor, y acogió gozoso en su palacio a Sigfrido, colmándole de honores.

Pasaron muchos días divertidos en cacerías y festines, y Gunar y Sigfrido se juraron eterna amistad, haciendo gotear juntos su sangre sobre la huella del pie en señal de sagrada alianza.

Grimilda se enamoró del hijo de los welsas, que guardaba puro su corazón para Brunilda. Y un día, cegada por su amor, le preparó una bebida mágica, que hacía olvidar el pasado. Mezclada en la copa de hidromiel se la ofreció en el banquete, y al beberla, Sigfrido sintió nublarse su pasado, y de su memoria se borró el amor de Brunilda y la promesa que los unía. De este modo Grimilda logró sus propósitos, y al día siguiente celebró sus bodas con Sigfrido, que ya no pensó más en dejar el palacio.

Pasó algún tiempo. Un día Gunar oyó hablar de una doncella encantada que vivía en la peña de la Corza rodeada de fuego y decidió ir allá a conquistarla. Sigfrido, sin acordarse de nada, le acompañó en la aventura.

Juntos llegaron a la cumbre. Gunar trató de atravesar la muralla de llamas, pero su caballo retrocedió, relinchando, espantado. Quiso repetir la prueba montado en Grani, pero el caballo de Sigfrido también se negó a avanzar bajo las piernas de Gunar. Entonces Sigfrido se ofreció a realizar la empresa por su hermano de sangre; se puso el yelmo encantado que conquistara en la cueva del dragón, y su rostro se cambió por el de Gunar. De este modo Sigfrido atravesó nuevamente las llamas y el círculo de escudos.

Brunilda, al ver avanzar al desconocido, retrocedió sorprendida, exclamando:

—¿Quién es el atrevido que atraviesa mi cerco de fuego?

—Soy el rey Gunar -respondió Sigfrido-. Prometida estás al que atraviese las llamas, y conmigo vendrás a mi palacio.

—Imposible -dijo Brunilda-. Mi corazón es de Sigfrido el welsa, cuyo retorno aguardo.

—En vano aguardas -respondió Sigfrido riendo-. El welsa se ha desposado con la hermosa Grimilda, mi hermana, y vive feliz en sus brazos.

Al oír esto, Brunilda se llenó de celos y de ira contra el perjuro, y se decidió acompañar a Gunar, meditando una venganza. Al bajar de la peña de la Corza, Gunar y Sigfrido trocaron nuevamente sus rostros, y fueron hasta el palacio sin hablar una palabra en el camino.

Sin alegría se celebraron las bodas de Gunar y Brunilda. La hermosa no podía contener su llanto, y cuanto más meditaba su venganza, más sentía crecer su amor por el rey Sigfrido. Al caer la tarde salía del palacio y caminaba llorando, cubierta de nieve y hielo, mientras Grimilda subía con su amado al lecho y cerraba en torno las colgaduras.

Tampoco Sigfrido era feliz. Cuando sus ojos se encontraban con los de Brunilda, su corazón se llenaba de pena, queriendo recordar; pero en su memoria había una laguna de nieblas. Y apartaba sus ojos de Brunilda, sobrecogido de temor.

Un día Brunilda descubrió el poder mágico del yelmo, y supo que el propio Sigfrido la había conquistado por segunda vez en figura de Gunar. Entonces, desesperada por el silencio y la ingratitud del héroe, habló a su marido, incitándole a la venganza:

—Sigfrido te ha traicionado, ¡oh Gunar! Él fue mi primer esposo, atravesando las llamas antes que tú. Tres días permaneció conmigo en la peña de la Corza, y te lo ha ocultado. He aquí su anillo, que me entregó en prenda de amor.

Gunar lloró de dolor al saber esto. Su corazón clamó venganza; pero recordó el juramento sagrado que le unía a Sigfrido: juntos habían hecho gotear su sangre en señal de alianza, y su espada no podía romper la fe jurada.

Entonces llamó a su hermanastro Hagen, hijo de nibelungos, que no había hecho alianza de sangre con Sigfrido; incitó sus instintos contra el welsa, prometiéndole el tesoro del Rhin conquistado al dragón. Le enardeció con bebidas y le dio a comer carne de lobo, hasta que Hagen, salvaje y borracho, juró la muerte del héroe.

Allí en el bosque de encinas, junto al Rhin, al pie de la fuente fría, donde antaño custodiaron las ninfas el tesoro de los nibelungos, allí se consumó la gran traición. Allí murió el brillante héroe del Sur.

Sigfrido llegó a la fuente cansado de la cacería, se despojó de su escudo y de su espada y se sentó a reposar junto a Grani, que pacía entre la yerba. El abejaruco le habló desde la rama de un tilo:

—Morirás joven, héroe sagrado; la traición te acecha. Tu corazón está ciego por un brebaje que Grimilda te dio a beber en la copa de hidromiel. ¿No recuerdas a Brunilda, la hija de los dioses, tu esposa de tres días? Bebe de la fuente fría, Sigfrido, y tu corazón recobrará la memoria.

Sigfrido se inclinó de bruces sobre la fuente. Según bebía, sus sentidos se aclaraban. Y vio a Brunilda dormida bajo el pino, dentro de un círculo de escudos, rodeada de llamas; la vio despertarse cuando su espada le rasgó la coraza...

De pronto dos cuervos volaron sobre la fuente. Entre la sombra de la noche, saliendo del bosque, apareció Hagen, y blandiendo su lanza en el aire la lanzó contra Sigfrido, clavándosela en la espalda. La sangre del héroe tiñó la fuente y su rostro se hundió en el agua roja. Su caballo huyó, relinchando espantado, por la selva.

Los guerreros de Gunar llevaron al palacio el cadáver sagrado, tendido sobre su escudo, y alumbrando la noche con antorchas. Grimilda se retorció las manos de dolor, llenando el aire con sus gritos.

Brunilda, pálida y fría, dispuso la ceremonia fúnebre. Hizo levantar en el bosque una enorme pira de troncos de fresno, rodeada de colgaduras y escudos; en lo alto de la pira, dividiéndola en dos mitades, puso la invencible espada de Sigfrido. Colocó a su lado el cadáver sagrado, cubierto de ricas pieles, y todos sus tesoros, y sus armas de caza y de guerra. También ella se adornó de joyas y collares. Con sus propias manos encendió una tea de resina olorosa y prendió fuego a la pira.

Luego, cuando las llamas se elevaron, enrojeciendo la noche, habló a todos:

—Yo voy a morir también; así lo quiere mi amor y este anillo de los nibelungos que reluce en mi dedo. Sólo a Sigfrido he amado, y no pudiendo vivir al lado del héroe, yo misma he pedido su muerte, para morir junto a él. Unidas irán al viento del bosque nuestras cenizas.

Y diciendo estas palabras se arrojó a la pira, al lado de Sigfrido. Una misma llama los consumió a los dos, separados por el filo de la espada.